



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL LICENCIADO MIGUEL ALESSIO
ROBLES EN EL BUCARELLI HALL, LA NOCHE DEL
5 DE DICIEMBRE DE 1919.

Señores:

Acostumbrado a servir a las ideas en sus grandes días de prueba, en sus grandes días de desgracia, vengo ante vosotros a levantar mi voz para defender los anhelos vivísimos de todos los mexicanos que quieren la grandeza y la prosperidad de la Patria. Y ante el torrente impetuoso de la opinión pública, que demanda reformas políticas, y ante la voz clamorosa de la Nación, que pide un cambio radical de sistema, y ante el grito persistente escapado de todos los labios condenando nuestro retrógrado régimen de gobierno, de omnímodas facultades, sin freno legal que lo sujete dentro del radio de sus inmensas atribuciones, corruptor hasta de los hombres más severos e inmaculados, no nos queda, señores, más recurso que implantar todas las reformas necesarias, garantías de los intereses legítimos, esperanzas de todos nuestros corazones, ideales de todas nuestras mentes, para cerrar definitivamente el libro sangriento de las revoluciones.

La República quiere que con el actual Presidente

caiga, para no levantarse nunca, un sistema de gobierno que sólo engendra tiranos. Sobre el pedestal glorioso de nuestras próximas elecciones no sólo elevaremos un nuevo gobernante, sino también un nuevo sistema de gobierno, amante de la ley, celoso de su decoro, honrado en su administración, responsable ante la justicia, defensor de todos los derechos, fiel guardián de los sagrados intereses del pueblo y representante de las grandes aspiraciones nacionales.

Cómo vamos a permanecer impasibles ante el problema educativo, cuando tenemos la imperiosa obligación de señalar al espíritu del niño y del joven los nuevos derroteros abiertos por la civilización y el progreso! ¡Cómo vamos a permanecer impasibles ante el problema moral, cuando la moral es la base del hogar, del Gobierno, del Estado, de la ley, de la justicia, del derecho! ¡Cómo vamos a permanecer impasibles ante el problema político, cuando un alto deber cívico nos exige nuestros débiles pero sinceros esfuerzos para que se implanten, sin más derramamiento de sangre mexicana, las reformas necesarias a nuestro anticuado y absorbente régimen presidencial! ¡Cómo no hemos de abandonar nuestros hogares y nuestra tranquilidad! ¡Cómo no hemos de prestar nuestro oscuro contingente ante la amenaza aterradora de un probable conflicto internacional, creado sin duda alguna por la reprobada actitud que guardó nuestro Gobierno frente a la contienda más grande que han contemplado los siglos!

¿Quién es capaz de contener la ola crecida y rugiente de la opinión de todo un pueblo que clama contra un sistema corrompido y caduco? Si hemos

visto a viejas y linajudas dinastías, a viejos y linajudos poderes ahuyentados por el huracán de la revolución como el sol ahuyenta las aves nocturnas, como la luz de la ciencia las antiguas preocupaciones. Si hemos visto a Porfirio Díaz, el férreo y ensangretado tirano, que llevaba sobre su frente los laureles gloriosísimos de la Reforma y de la Guerra contra la Intervención Francesa; que caminaba envuelto en una nube ruidosa de adulaciones y bajezas, perder en unos cuantos meses su inmenso y fuerte poderío que le había costado tantos años de luchas, y salir furtivamente del antiguo Palacio de los Virreyes protegido por las sombras piadosas de la noche memorable del 25 de mayo, noche menos oscura que la de su espíritu maldecido y ultrajado por las iras desbordadas y rugientes de todo un pueblo que acababa de recobrar su libertad!

Una revolución explica en el fragor de la lucha todos los excesos, todos los desmanes. ¿Pero después de los grandes errores de la Revolución, después de haber convertido en un océano de lágrimas a toda la República, después de los cruentos sacrificios y de los infortunios eternos de los buenos mexicanos, y después de contemplar a nuestra idolatrada Patria excluida de la Liga de las Naciones y humillada y vilipendiada, vamos a cometer todavía un atropello electoral en los próximos comicios? ¡Sería el más grande, sería el más monstruoso de los crímenes!

¡Con cuánta verdad decía el ciudadano Obregón que las revoluciones las provocan los gobiernos despóticos que se resisten a escuchar las demandas legítimas de los pueblos! La Revolución francesa no

fué promovida por la arrebatadora palabra de Mirabeau, ni por la audacia inconcebible de Dantón, sino por el empeño tenaz de una corte caduca y corrompida que se negaba a implantar toda reforma. La revolución de 1868 en España no fué promovida por Topete y Serrano, que anhelaban para su patria los progresos de la libertad y de la democracia, sino por las continuas insensateces de un poder retrógrado y ciego que se obstinaba en sostener sus errores. La Revolución de 1910 no fué promovida por aquella falange valerosa de esforzados luchadores que anhelaban implantar en México un gobierno basado en el derecho y la justicia, sino por el general Díaz que exacerbó la paciencia de nuestro pueblo con sus atentados y sus fraudes, con sus errores y sus crímenes.

Cuenta el inmortal Cervantes, en el incomparable y delicioso "Quijote", que el armiño es un animal que tiene una piel blanquísima y que cuando quieren cazarle los cazadores usan de este artificio: "que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y después, ojeándole, le encaminan hacia aquel lugar, y cuando el armiño llega al lodo se está quedo y se deja prender, a trueque de no pasar por el cieno y perder y ensuciar su blancura impoluta que la estima en más que su libertad y su vida". Sacrifiquemos nosotros, como el armiño, nuestra vida y nuestra libertad antes que pasar por el cieno de las dolorosas miserias políticas que tanto hemos combatido bajo el amparo misericordioso de la mágica bandera de la Revolución, levantada y sostenida con los esfuerzos perserverantes del heroico pueblo mexicano. Si

se ha luchado abnegadamente contra los fraudes, contra las imposiciones, contra las infamias, contra las injusticias, contra los crímenes, ningún revolucionario honrado puede llegar al poder más que por la escala diamantina de una lucha democrática y con el juvenil espíritu ampliamente abierto a todos los vientos de la civilización para seguir combatiendo con los mismos ímpetus, desde arriba, las iniquidades que combatió desde abajo.

No hay alud, ni inundación, ni invierno tempestuoso, ni hambre, ni peste que nos cause tantos estragos como un gobierno despótico, con su cortejo imprescindible de inmoralidades y de crímenes. Una catástrofe sólo nos quita la vida. Pero los tiranos, cuántos pensamientos aniquilan, cuántas voluntades abaten, cuántos acentos ahogan, cuántas ideas apagan, cuántas generaciones corrompen, impidiendo que sus esfuerzos luchen por la moralización de todos los actos administrativos y gubernamentales, y que levante su voz como vivísima protesta contra los atentados más odiosos, que llenan de indignación y de ira a todos los pechos honrados.

Hay cierta clarividencia en los sueños de los pueblos como en los presagios de los poetas. Sus ficciones, sus esperanzas, sus profecías, cuántas veces se tornan en hermosas realidades. Milton reflejó en potentes escritos la envidiable grandeza que ha alcanzado hoy el soberbio pueblo inglés; desde las alturas de Valmy, Goethe predijo el comienzo de una era nueva en la historia del mundo; Byron corrió a las orillas luminosas de Grecia con las cuerdas de su vibrante lira rotas como las cuerdas

de su corazón, y aseguró que vendría a ese pueblo nobilísimo el reinado eterno de la independencia y de la libertad; y el eximio poeta nuestro que acaba de morir en extranjera tierra, soñó a México en la prosperidad de un pueblo libre, que sabrá conquistar la consideración y el respeto de los otros pueblos del mundo, con el perseverante esfuerzo de sus buenos hijos que no tienen más ambición, que la ambición sagrada de ver a su Patria próspera y grande.

La vida moral de un pueblo es el culto al derecho y el respeto a la justicia. Cuando veamos a todos nuestros conciudadanos venerar el espíritu de la ley; cuando veamos que la libertad de pensamiento ha alcanzado las formas más altas, cuando veamos, en fin, a nuestros gobernantes bajar del poder como algunos de nuestros virreyes antiguos, con la conciencia limpia y el corazón entero, entonces proclamaremos, en medio del mismo júbilo desbordante con que Fausto escuchaba el toque sonoro de las campanas que anunciaban la llegada de la risueña y florida primavera, que se ha conquistado la definitiva redención de la República y se han realizado los mágicos ensueños de la Revolución. Pero en medio de nuestro doloroso desastre moral, es confortante como la esperanza y alentador como una bendición, contemplar el resurgimiento de todo un pueblo, que no duda ni vacila un instante: frente al candidato de imposición está decididamente con el candidato surgido del alma popular, dispuesto a sembrar el árbol de la libertad, de cuyas ramas han de salir las tablas de su propio cadalso.

Y ahora que un ciudadano viril, de irreprochables